

PREMIO PRIMAVERA  DE NOVELA 2017

NO SOY UN MONSTRUO

CARME CHAPARRO

(A)*
*ÁMBITO
cultural


ESPASA

NO SOY UN MONSTRUO

Esta obra ha obtenido el **Premio Primavera 2017**,
convocado por Espasa y Ámbito Cultural
y concedido por el siguiente jurado:

Carme Riera
Fernando Rodríguez Lafuente
Antonio Soler
Ana Rosa Semprún
Ramón Pernas

CARME CHAPARRO

NO SOY UN MONSTRUO



ESPASA  NARRATIVA

© Carme Chaparro Martínez, 2017
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Espasa Libros S. L. U., 2017

Diseño: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de la cubierta: © Whitney Justensen/Arcangel

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B 2862-2017
ISBN: 978-84-670-4896-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

A Berna, Laia y Emma, por anclarme a la felicidad.

A mamá. Por todo.

A mi padre.

*Now they'd come so far,
and they'd waited so long,
just to end up caught in a dream
where everything goes wrong.*

BRUCE SPRINGSTEEN, «The price you pay»

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

MIGUEL HERNÁNDEZ, «Elegía»

Hoy iba a intentarlo otra vez.

No servía cualquier niño.

Tenía que escoger muy bien. Si no, tantos meses de espera, tanto trabajo y tanto darle vueltas al plan en la cabeza no valdrían de nada.

Ni lo que vendría después, claro. El éxito o el fracaso de todo dependía del niño que escogiera esa tarde.

Por eso no servía cualquiera.

Así que era necesario fijarse bien. Estaba en el momento clave del plan maestro y no podía fallar. Ahora no.

Por ejemplo, ese chico. Tendrá cinco años, o quizá alguno más. ¿Sería ese el niño elegido? ¡Qué nervios!

Aunque, mirándolo bien, no sirve.

Se pasa de la edad, es cierto, pero parece un poco dependiente. Aprieta con mucha fuerza la mano de su madre y constantemente mira hacia arriba para asegurarse de que ella sigue allí, de que esa mano está unida a un brazo que está unido a un cuerpo en el que está la cabeza de su mamá. Mientras todo siga así, su mundo estará en orden.

Quizá no deje de llorar. Y se pase el día quieto, hecho un ovillo, muerto de miedo.

No sirve.

Habrá que buscar más.

¿Y una niña? Demasiado riesgo. Demasiadas princesitas. Lo que hace falta es alguien valiente. Un niño que se crea un superhéroe.

Ahí hay otro. ¿Qué dice su ropa? Las zapatillas que lleva, por ejemplo, eso da muchas pistas. No es muy alto, la verdad, tendrá cuatro años. Y acaba de soltar la mano de su madre. ¿Qué ha visto? ¿Qué le ha llamado la atención?

Quizá sirva. Quizá.

Puede que hoy haya suerte.

Solo de pensarlo, las glándulas salivales se excitan.

Y, a la vez, el cuerpo se muere de miedo.

Mirándolo de nuevo se produce el flechazo.

Ese niño será la salvación.

Empieza el juego.

Y esta vez, de verdad.

Es el punto de no retorno.

1

INÉS

En las películas americanas siempre hay donuts. Los donuts son lo primero que delata que aquello es una reunión de adictos. Al alcohol. Al amor. Al fracaso. Cuando la cámara se mueve por el interior de una habitación iluminada por la patética luz de fluorescentes y con olor a orina rancia —la orina no se huele a través de la pantalla, pero tú intuyes que está ahí; te llega ácida y vomitiva como si estuvieras metiendo la nariz en un urinario público—, sabes que alguien va a confesar la vergüenza oculta de su vida.

Pero estamos en España, y aquí, para empezar, no hay donuts en las terapias. Lo bueno es que no corremos el riesgo de acabar montando un Diabéticos Anónimos. Si aquí terminas en un grupo de ayuda de las cuatro Aes —Anónimos Adictos A Algo—, lo más probable es que la tragedia por la que estás pasando sea tan grande que asistir a esas reuniones se convierta en la última alternativa a tu suicidio; lo último que pruebas antes de encerrarte en casa con una botella de whisky del bueno y dos botes de esas pastillas que deberían estar ayudándote a superarlo —eso al menos te asegura tu médico—, pero no. No te ayudan.

Todos los que están aquí hoy conmigo querrían estar muertos. Mejor muertos que en esta sala. Mejor incluso en el infierno —que es lo que algunos creen merecer— que aquí y ahora.

Hay algo que los ha arrastrado hasta aquí. Una extraña mezcla de culpa, dolor, rabia y espíritu de supervivencia. Es su último vínculo con la vida, porque todos ellos saben que estarían mejor muertos. Como yo. Aunque de eso aún no era consciente. No a estas alturas de la historia.

Echemos un vistazo a la sala. Por ejemplo, a ese hombre, ese hombre calvo y redondo que se ha puesto una sudadera de alguien treinta años más joven y unos pantalones de alguien veinte años más viejo, como si él mismo estuviera hecho de retales de diferentes personas. No puede ni abrir los ojos. ¿Hace cuánto que no fija la mirada en nada? ¿Hace cuánto que no pone un pie delante de otro porque de verdad quiere ir a algún sitio y no porque se deja llevar? ¿Hace cuánto que no coge algo —aunque sea un vaso de agua— queriendo realmente agarrarlo, con una orden directa de su cerebro a su mano —tienes sed, alarga el brazo, haz pinza con los dedos, coge el vaso, acércatelo a la boca, bebe—? Si pudiéramos meternos en su cabeza, veríamos que todo está (des)ocupado por un vacío inmenso, un hueco por el que no dejan de resonar las mismas ondas, rebotando en cascada de un extremo a otro del cráneo, una tras otra. De vez en cuando el pensamiento se queda suspendido en el ojo del huracán —no sabe, no se acuerda, no desgarrar—, pero solo es una ilusión de vientos débiles y cielos despejados. El temporal en el que vive no le da tregua. Fue culpa tuya. Fue culpa tuya. No mereces vivir.

O esa chica joven de pelo grasiento, la que lleva unos pantalones tan grandes que cabría entera en una sola de las perneras. ¿Cuánto hace que no piensa en ella como un ser humano? Me fijo en que agarra su bolso tan fuerte que la sangre no le llega a las manos, como si ese objeto fuese su único asidero a la vida y sin él, sin estar agarrada a él, fuera a caer irremediabilmente hacia el agujero negro del que está intentando salir. ¿Qué le habrá pasado? Es casi una niña. Debería darme pena.

¿Qué hago yo aquí, pues? ¿Qué hago yo aquí en medio de estas almas en pena y cuando aún no lo necesito? Mi

editor —sí, maldición, tengo un editor— ha pensado que una terapia así es el lugar ideal para encontrar inspiración para mi próximo libro. Tras el éxito mundial de mi primera novela, *Un bosque espeso*, no hace más que presionarme para que vuelva a escribir.

A veces me obsesiono tanto que he llegado a creer que ha sobornado a algunas de las personas con las que me cruzo cada día. Últimamente creo que son las mujeres de la limpieza de la oficina, que me miran de una manera hostil mientras empujan los carros cargados de productos tóxicos. Escribe otro libro. Escribe otro éxito. Escribe otra máquina de hacer dinero.

Afortunadamente, el ser humano todavía no ha conquistado la capacidad de la telepatía.

Primero fue algo suave, sutil y educado. Ahora tengo la sensación de que mi editor estaría dispuesto a casi cualquier cosa si eso me diera alguna idea para un nuevo *best seller*. A veces me pregunto hasta dónde sería capaz de llegar por proporcionarme un hilo argumental. Y por mucho que le repito que yo solo tuve un libro dentro y que nunca seré capaz de escribir nada más, él —ellos en realidad, toda la editorial— insiste en que soy capaz y en que solo tengo que encontrar el click que transforme mi MacBook en un procesador de textos con diarrea. Pero yo no tengo ideas. Tuve una y ya está. Fue un libro y ya está.

En fin, que por eso he acabado aquí, para que mi editor me deje tranquila un tiempo. Si cree que estoy trabajando en algo, se calmará.

Pero no es fácil hacer cosas como esta. Siempre corro el riesgo de que me reconozcan. Y no me conviene, no aquí y no en este momento. Si saben quién soy, no me dejarán quedarme. He ensayado varias veces con pelucas y postizos, para otros trabajos anteriores. De hecho, hoy me he puesto lentillas oscuras y una peluca rubia corta. Con una base de maquillaje amarilla y un poco de corrector morado en las ojeras parezco incluso algo frágil, como si supurara tristeza por la piel.

En consonancia con el ambiente.

Y aunque me he hecho pasar por otras personas, siempre hay un detalle que acaba delatándome: la voz. Es algo tan característico que no puedo disimularlo. Las eses al final de las palabras me patinan con un sonido especial, como si no supiera parar a tiempo el fonema y me resbalara por entre los dientes cual cobertura de chocolate caliente sobre una bola de helado. Árboleszsz. Cosaszsz. Ni mi logopeda ha podido corregírmelo. Dice, además, que es mi toque característico, que me da personalidad. Así que tendré que estar callada. Al menos en la sesión de hoy.

Afortunadamente, no hay donuts alrededor de los que iniciar una charla. Y afortunadamente también, el director de la terapia es puntual y va directo al grano. O quizá es que no le apetece mucho estar aquí y quiere acabar cuanto antes, alejarse de estas almas ancladas al infierno, no sea que le vayan a arrastrar a él también.

—¿Podéis ir tomando asiento, por favor? —nos pide el psicólogo con voz melosa.

Lo he investigado antes de venir. Soso en Facebook: solo fotos de platos de comida, calles de Madrid y algún que otro libro. Un solitario de manual. Un triste. Espero tenerlo fácil en caso de que necesite sacarle información.

—¿Podéis ir tomando asiento?

Y nos sentamos.

Sin mirarnos. Encogidos. Avergonzados de nosotros mismos. O quizá avergonzados de lo que vamos a escuchar, como si fuéramos viejas cotillas poniendo el oído junto a un confesionario. Derretidos de placer y sonrojo.

—Hoy Lucía quiere contarnos algo, ¿verdad?

La chica del bolso empieza a hablar.

Y yo no tendría que haber escuchado lo que ella estaba a punto de contarnos.